

# La Danza de las Percepciones

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

La Danza de las Percepciones (por Daniel Bernardo Grimberg)

## I

Néstor Iguaín, el flaco Ascardi, y aquel al que conocían como Manso, se encontraban ahí para afirmar algo que no sabían si reunía prescindencia o renombre (o al menos algún tipo de exaltación); tal vez se convenía con alguna tendencia ideológica pero no sabían si era algo primordial. Lo imaginaban más como una posesión que una respuesta; se trataba del coherente emprendimiento de todo hombre el acceder a la historia de otro sin que éste se oponga ya que al haber muerto había perdido su voluntad. Era probable que vez sólo querían desarmar una vieja creencia y objetar con poderosas opiniones una cuestión sobre la que nunca se hicieron gestos de finitud, aplicando técnicas rudimentarias que preservaban sus condiciones pensantes más allá que esa cuestión no albergara un interés especial. Igualmente, cualquier copia que hicieran debía ser fiel al universo que representaban.

Harían evolucionar un hermético lenguaje como superior al contenido en los diccionarios, y desarrollarán la reflexión como cauteloso apoyo a las libertades, ya que desde el comienzo el pensar fue el mecanismo que ha liberado al hombre del determinismo de los sueños (aunque pergeñarán a su hombre ya sea recordándolo o soñándolo). Las actividades sociales, las prácticas solidarias y las específicas leyes salían del pensamiento; y el horror por el olvido y la obsesión por el recuerdo era algo que en ellos se acentuaba ante la aproximación de sus límites cronológicos. El cielo estaba teñido de un soñoliento celeste con arcos de nubes que seguían caminos de disolución, y les proporcionaba un apacible estímulo para no cerrar la boca frente a lo pernicioso que podría llegar a ser el silencio. Sus heroicidades cotidianas consistían en hablar sobre fondos grisáceos, y combinar lo imprevisto y aleatorio para hacerlo pasar por una genealogía confiable.

Ascardi, mejor conocido como el flaco, habló del preso cuya condena fue considerable por haber sido el autor de una gran tropelía, quién actuó en los albores del siglo XX con drástica osadía, demarcando su territorio, convirtiéndose en un desertor o bien transitando por los campos sin comercio alguno; alguien que se ligó a una caterva poco amistosa, deseoso de multiplicar sus haberes sin trabajar, e instaurar una

legitimidad antagónica sin tener que soportar malsanas relaciones jerárquicas. Por cierto, que no llegó a la cúspide gloriosa de nada, sino que sufrió una internación prolongada y terrible en la cárcel, afianzando una indeseable superioridad a través del sufrimiento (que, al enmarañar las experiencias humanas potencia sin misericordia las percepciones horribles). Ese hombre que se asimiló a las peores sombras sería inmortalizado por quienes con efervescente estupor se denominaron sus amigos. En la cárcel unas gamas de bichitos parasitarios se metieron dentro de las filigranas de su piel, y cuando iba de cuerpo le salía una pasta húmeda; a las noches se admiraba ante la expansión de esas sobras que eran una de las apariencias con que el tiempo pone al rojo vivo las carnes de los infelices.

El flaco se relacionó mentalmente con esa persona que por una rara circunvalación de curiosidades pasó a ser el motivo central de ese encuentro; quería aportar al enfoque común de un modo brillante por lo que pasó directo a su obra. Su desahuciado nombre no voló de sus labios, sólo dijo que se había reencarnado como una idealización de los pobres pese a que su identidad nunca había sido bien definida. Era el gauchito santo y asombroso que defendía el bien de aquellos que se habían comportado con alguna parcialidad y debían rendir cuentas a la justicia. Y para que ese estado de cosas fuera menos cooperativo, ese sujeto ya no estaba enraizado en el presente, sino que era parte de un pasado que debían exprimir con fuerza para sacarle al menos alguna manchita de sangre; tenían que rehacer su trama caminando en línea descendente, establecer sus vínculos claves y el modo esencial en que se había sumergido en el mundo.

Nada obstaba para no convocarlo en esa impoluta fracción del tiempo, aunque para hacerlo tuvieran que falsear un poco sus memorias, o por pura coincidencia con sus introspectivos intereses debían crearlo; ellos eran jóvenes y podían constituirlo a la perfección junto con el resto de su universo filosófico. Con cólera, suaves muestras de cordura y hasta con compasión, lo traerían al primer plano; se formaría alguien de agradable porte e inagotable sapiencia, ya que nacería de una mancomunada perplejidad.

Tal vez había criticado los poderosos de su época o causó graves disensiones... a Ascardi no le resultó trabajoso sacarlo del anonimato de esa forma. Lo mejor era ubicarlo dentro de un contexto de astronómicas injusticias, insertarlo en fábricas reales sin que hubiera presión de nadie ni tuviera que hacer alguna culta increpación. Le dará un diseño pragmático porque si le añadiera una especial filantropía lo acercaría a lo religioso.

Adujo que ese personaje había vivido más allá de las sucesiones de mitos que lo disputaban desde lo irracional, como un hombre lleno de ironías acerca de la "civilización", sus meteóricas burlas eran el reflejo

característico de la ligereza con que tomaba la vida. El flaco Ascardi se concedía el privilegio de despejar arcaicos prejuicios a través de sus filosóficas consideraciones, pero no querría iniciar debates que podrían hacerse tórridos. Construirá un ideal a través de una evocación finita, o al menos algo que lo simbolice. ¡Al ser mentalizado dejaría de ser un fantasma, ya que adquirirá una conformación real basada en las radiaciones de los pensamientos de quienes lo mencionaban con la finalidad de destituirlo de misterios! Fue alguien controversial, pero un hombre al fin, que alcanzó un entendimiento detallado de la vida.

Ascardi no puso sus límites en la razón, sino en la acefalía del mundo, para la construcción de lo que nunca fue vistoso y sostenía como su mayor afán el vislumbrarlo. Eso el flaco lo aseveró claramente haciendo leves vaivenes con sus manos, sin dejar entrever que podría llevar a alguna sorpresiva desilusión; la inteligencia no debía perder su preeminencia teórica.

El hombre fue muy distinto de los que estaban reunidos ahí, puesto que había andado por maledicentes caminos en una sociedad que lo juzgó de la peor manera; se dijo que la había atacado para no caer en las redes tediosas del tiempo, para ser verificado, interpretado o retenido a propósito dentro de las conversaciones que los hombres sostenían con las penumbras. Y Ascardi no hablaba de un chiquillo que algunas veces se tambaleaba detrás de una pelota que salpicaba lodos; sus crónicas debían ser admitidas como serias, porque obtenían la composición del que había muerto y ya no podía responder preguntas siderales (había razones objetivas para creer en su existencia ya que las estadísticas que se entonaron formaron parte del momentáneo azar; el discurso del flaco Ascardi se había encaminado a al único fin de desacreditar esto). A los mitos no los razonó como modos adecuados de homenajear a los muertos.

Ese preso no era una construcción conjetural que habían hecho "personas de bien", las que habrían tenido tiempo de "pensar cosas raras", tampoco era un relato que había que convalidar con saltos que irían de la sencillez a lo complejo. Había sido uno más que rodó por el universo y lo estropeó mínimamente como lo hacen cualquiera de sus hijos; incidió con sus secretos, rituales, preceptos y desmedidas acciones desdeñables en la agitada expansión de su tiempo ya cerrado. No se trató de una indemostrable historia que sacudía al aburrimiento que abunda en noches de lluvias densas, ni una producción literaria basada en prácticas perdidas, o una idea que, si bien tenía semejanzas con la nobleza pudo llegar a ser frívola.

El flaco negó que ese hombre hubiera sacudido al mundo con anuales violencias, o que se hubiera perfilado en forma excluyente como un victimario; sólo fue alguien que mantuvo la guardia arriba en un tiempo de tensión, en el que no había un orden justo y frente a este la gente se

tenía que mantener encorvada. Ni siquiera había sido una lastimosa manera de ver la humanidad o una descripción tortuosa; sin dudas se trató de alguien sin perversidad, que tenía pulmones que incorporaba aires y un cuerpo que por fijarlo en un espacio, se hacía pasible a sufrir castigos. Un personaje que asomó su cabeza sin pretender tener estilo y a regañadientes. "¿Por qué la gente fue tan dura con él?" "¿Por qué lo inculpó de ser quien subyacía a grandes males o daños?" "¿Acaso no merecía tener un mejor destino en el recuerdo a pesar de haber sido un presidiario?". Ningún hombre debía ser acusado por lo incognoscible, o por lo que decían las revistas de moda o la prensa que se creía una valiosa fuente de chimentos que cimentaba en forma engañosa la sociedad. Eso fue lo que dijo Ascardi, que alguna vez se creyó capaz de producir una frase que explicaría al universo con palabras corrientes y apelando a una o dos experiencias ejemplares. Y otra vez quiso detallar el tema de los alberges de una opalina ciudad en una obra que hubiera denominado: "Los quinientos zaguanes".

El flaco hablaba como soñando despierto, como si lo que había a su alrededor lo resultaba lejano, y aquello que pasaba por su mente fuera la estridencia más clara para desentrañar al cosmos. Abarcaba todas las proliferaciones de voces y miles de debates. Él no soportaba las graves contradicciones y discrepar con él traería consecuencias difíciles; no se espantaba y se empecinaba a ingresar al meollo del asunto. Ofreció la pertinencia de ese hombre como si lo viera en la paradoja de una obra teatral, cuyos actos danzan con brutal rapidez y pocos minutos pueden equivaler a la duración de días o años (y a los que es necesario poner un velo de acuerdo al sorpresivo secreto del argumento que estalla en el acto final).

Ese hombre era una excesiva rareza que merecía ser descifrada o negociada en forma pacífica. Si se lo proponían, resucitarán con éxito a ese individuo, y al flaco Ascardi le surgió un aura de petulancia cuando explicó que esa oferta en apariencia insignificante había adquirido un carácter absoluto. Para crearlo sólo debían reinterpretar la verdad que subyacía dentro de la vieja narrativa.

No era que accidentalmente estuviera debatiendo acerca del sexo de ángeles, pero ubicar quién había sido ese hombre pasó a ser una muy importante invocación. No se trató de alguien aberrante ni inocente, sólo habría sido un idealista. Ascardi llamó a los demás a presentar pruebas de su existencia, para que ésta no quedara confinada sólo en su benevolente imaginación. Cada uno debía dirigirse ciegamente a ese propósito, dejando de lado los conglomerados de metáforas para trabajar duro, así sus rasgos no serían estragados por el azar. Eso que acordaron le pareció una intuición genial; un retroceso a lo ficticio nunca sería una liberación para los seres humanos, ya que contribuiría a indeterminar al tiempo (a fin de cuentas, éste no siempre fue un compás de espera para contar historias) ... sin duda el hallar quien fue aquel presidiario impulsó

un paréntesis en el precipitado estado de sus pasiones, y lo obligó a hacer una vaga declaración de lealtad a su realidad antigua y escurridiza; le darán su verdadero lugar en el mundo y por extensión lo inscribirían en algún libro.

Néstor Iguaín creyó recordar algo al frenar las ambiciosas sucesiones de frases del flaco Ascardi, y arriesgó un nombre: el Chango López, a quien rápidamente admitió como santiagueño... alguien sobre quien (al fin) se podía echar una mirada más o menos programática, y cuyos inicios no habían sido ni sangrientos ni infames. El Chango habría corrido por fronteras que recién ahora se hacían coherentes: fue un desgraciado cuyas superabundantes tretas le resultaba algo difícil de explicar. Ahora tenían que imponerle un esquema de tiempo para este no lo bastardeara al hacerse circular. Además, Iguaín afirmó que todo hombre muerto (que perdió la posibilidad de manifestarse), corre con el maldito privilegio de ser convertido en otro hombre a partir de erróneos despliegues suscitados en el campo del pensamiento y la imaginación.

Ya que las buenas gentes buscan en los que se han marchado a alguien en quien reconocerse, los inspire o les encienda morbosas curiosidades; nadie quería escindir de sus símbolos, sus lecciones arracimadas, o las génesis que alguna vez implicaron. Claro que ya no podían contraponerse a los excesos y abusos que le imputaron aquellos que fueron capaces de verlos y vociferar cuales eran sus rasgos, y cargaban en sus hombros a cosechas de mentiras, a sus albuces accidentales que se insertaban en otras tramas, otras gentes y lecturas, que había que superar. Había que remitirse a que el Chango López no había sido un ser fantasmagórico ni un dios del Olimpo, sino uno que se sostenía con sus patas y no acostumbraba de vez en cuando a efectuar actos abyectos. Un hombre al que proveyeron con grandes ignominias para que se dé de lleno con la buena literatura. Ahora su aspecto dejaba de depender de quienes habían estado cerca suyo, y pasaba a ser descrito por gente perteneciente a un futuro al que esos detractores no habían sido capaces de registrar. Estaba en los conjurados describirlo con delicada armonía, sin inculpaciones macilentas que harían que sus heroicos razonamientos quedaran malheridos. ¡Su cronología nunca había sido bien preservada! Y no encontraban al responsable de la enorme opacidad de su historia con la que lo habían remolcado a un contaminado desaguadero.

Esa cordial percepción del Chango López hecha por Néstor Iguaín, reguló esa fase de la conversación entre los presentes; fue un parlamento pausado, fruto de una incursión cuya intencionalidad era acentuar la grandeza de un hombre arrastrado por operaciones viles que fue recreado malignamente en miles de ocasiones. Manso y Néstor Iguaín asumieron la osada tarea de probar su inocencia, y evitaron pintar su figura con traicioneras y enloquecidas pinceladas al demostrar su trascendencia

dentro de su abigarrado entorno regional.

"Los hombres obedientes y de aspiraciones mediocres, nunca podrán ser recordados con claridad, pero los otros evolucionaron a la categoría de Mito", dijo Iguain rasgando sus ojos, y deteniéndose al final de la frase después de sentir una sacudida parecida al eructo, por esa revelación. Había ejercido una influencia importante porque traía argumentos sencillos. Con terribles deseos en llevar a cabo una totalitaria empresa de amor, también había decidido recrear ultimadamente a ese hombre; así éste se ubicaría sin una pizca de banalidad en su tiempo, y quedaría asentado que, en una historia maravillosa, su muerte no había sido un accidente trivial sino parte de una gloriosa jornada. Iguain decidió hacerse pasar por un erudito que tenía sustanciales conocimientos del Chango... y después de haberse puesto exageradamente rabioso al hacer una gran disquisición, se dispuso a dar detalles complejos de la psiquis de ese "personaje histórico". Todo conducía a espiritualizarlo como alguien rural y poco cruel, para transportarlo de la eternidad a ese presente que sí era determinado.

Pronto el "famoso presidario" experimentó una grandiosa ramificación a partir de quienes sabían de él, y presentaban informes que pecaban de sabihondos y suficientes. Un hombre sin una identidad vacilante o meramente confusa surgía del dialogo de esos intelectuales. Los tres querían articularlo en ese día con un atado de razonamientos perfectos y hasta orgánicos. Eso era lo que hacía original el vínculo entre ellos y lo que desbastaría las críticas que les hacían por sus ficciones. Y en ningún momento perdieron el control al aplicar vastos principios de la dialéctica para darle forma, porque se habían consustanciado con ese ensayo y la superpuesta viabilidad con que a través de meras maquinaciones del pensamiento quitarán los más espesos velos de su existencia. Hubo un clima de extraordinaria excitación al suponer que esa "humilde resurrección" se daría fácilmente si recababan unos pocos datos más, y gracias a ellos ya no existirían más discordancias entre ese hombre y el mundo.

Con las manos haciendo movimientos estrambóticos, y los ojos entrecerrados, intentaron conformar a quién alguna vez había pertenecido al mundo físico, en el decisivo transcurso de ese mismo día que los envejecería tenuemente (todos los elementos del ayer debían condensarse en ese día de circunspecta luminosidad). Se envalentonaron en sus argumentos y rechazaron que hubiera alguna improbabilidad en sus puntos de vista. Estaban cansados de penúltimas disquisiciones y soluciones transitorias, por lo que la concreción de ese hombre se encaminó a un éxito que no sería el corolario de sus espasmódicos caprichos y ni siquiera de la salvación que ofrece la suerte, sino de un rastreo distintivo de sus rasgos que cruzarían felizmente en sus mentes sin tener que hacer espesas investigaciones o algún otro tipo de asedio. Esos "sabios" observaban el llamado ancestral a repoblar al mundo con la

contundente fuerza de la imaginación, y requirieron hacer una producción intelectual intensa y privada, para recrear la vida.

Manso consiguió ir aún más lejos: hizo entrega de una época para que las definidas conjeturas se estacionasen en un escenario temporal que permitiría vislumbrarlo sin esfuerzo. Había que restaurar la dimensión histórica que es la trama en la que se insertan los relatos y las personas reales, y se desaloja al mito. Esto quitaría ásperas inferioridades a las palabras, y destruiría al magnetismo poderoso de lo ambiguo. Se había acertado con el tramo cronológico del Chango, ahora se podían encender las expresiones de su rostro.

Si no era colocada en el tiempo, esa persona apenas hubiera sido similar al débil reflejo de la luz que se desvanece, seguiría siendo una referencia desdeñosa carente de respeto y admiración. ¡Una persona a la que no organiza la complejidad del tiempo, nunca podría ser tenida en cuenta! ¡Aún una roca, un montón de escombros, o el entero planeta, requieren de ese establecimiento primario! ¡Tampoco el pensamiento podría trabajar si no se despliega dentro de esa fundamental coordinada! Antes que se produjera un mínimo cambio existió la estabilidad, pero ambas categorías son el natural manejo del tiempo que es un drama muy vasto, y únicamente a partir de éste es posible afinar algún conocimiento de sus largas concatenaciones. El tiempo no sólo ha dado probabilidades al hombre, además por una miserable brevedad lo hizo irrefutable.

Asimismo, si una narración está ubicada en el tiempo, es auténtica, en caso contrario se convierte en un perverso fraude o la manipulación que negligentes demiurgos literarios hacen sobre el atolondramiento del lector. Todas las opciones de la vida son temporales, y las demás se puede inferir como inexistente. Y la única herencia real del hombre son las palabras con su propensión a erigir edificios invisibles, y crear panoramas de asombro y perplejidad que a veces resultan en contradicciones.

Manso volvió a ubicar al obrar del Chango López en el siglo veinte, cerca de la primera presidencia de Yrigoyen; las múltiples evidencias del paso por el mundo de ese político espiritista se constituyeron en la más eficaz constancia de la inmutable presencia del Chango, quien fue un miembro de una denodada prosapia en un tiempo de inmigración caótica. El trazado que hizo don Hipólito Yrigoyen se correspondió al de la nación argentina; su obra da lugar a esta enumeración incuestionable.

Además, Manso sentenció que la existencia del Chango fue autenticada por su prematura muerte (este es el acontecimiento que hace que ninguna vida fuera frívola o superficial, y la demuestra no en forma meticulosa pero sí desapasionada); un hombre que muere antes de tiempo nunca imitó las más acicaladas convenciones. Manso hubiera podido escribir un placentero libro acerca de ese hombre, pero nunca lo hizo, y se rio al advertir que, debido a eso, la leyenda del Chango

mantenía su carácter incorruptible; este seguía estableciendo miedos, susurros, y un posterior desarrollo de indiferencias.

"No he roto líneas intergeneracionales de exitosas exageraciones; un amplio reconocimiento de ese hombre sería únicamente útil para romper su hechizo". Dijo como quien contempla al comienzo y final de la portada de un libro, mientras lanzaba su mirada al horizonte que constaba con unos pocos verdes en las copas de los árboles y quietas nubes de frondosas procedencias. Desde ningún costado aparecería un devastador huracán, ni una inundación que ahogara muy lentamente todo lo que pisara; ese paisaje tan apacible era lo que les permitía alcanzar deslumbrantes cumbres con el raciocinio.

Triunfante, Manso confirmó que ese hombre en verdad había existido: tenía en su poder la copia de una carta en la que un muy severo fiscal dio a entender como una persona afeada y chueca que (siguiendo los mecanismos empleados en el antiguo Código Procesal Penal) se había convertido en un reo, luego de haber sido un campesino u hombre de hábitos rurales... ese hombre antes de entrar en la cárcel, ya había puesto un pie en la tumba. Eso catapultó al Chango como un sobreviviente de la desmemoria: su nombre había sido resguardado por unos papeles que firmó un letrado con el inapelable sello de la Justicia.

Se respiró una intrigante felicidad por haberlo resucitado del pasado; se había avanzado bastante para dar cuerpo al Chango, y ya se poseía un documento. Un papel que se podía traducir en una historia compleja si se leía entre líneas sus esclarecidos significados. El río de su tiempo se hacía cada vez más navegable, aunque nada se supo de sus tormentosas relaciones sentimentales que nunca prosperaron.

Aquel dignatario de gran judicatura no sólo lo había circunscripto a un espacio, sino que lo visualizo como el autor de una serie de actos delictivos, es decir con pocas y blasfematorias sentencias le dio el hálito de la vida... ahora los reunidos pudieron fusionar sus miradas con la de aquel que había existido y no le adjudicaron los reconocibles hábitos del malandrín. Lo podían confesar como un ser real, y no una de las tantas herejías que producía a diario la imaginación. Armar su vida con el argumento que ya había adquirido una primaria forma, era el camuflaje ideal para ocultar sus mediocridades; el hombre adopta la práctica de percibir lo que hicieron los otros para sesgar su propia e inacabada lectura.

Se explicó la magnitud de su delito como el de hurto de ganado (abigeato), aunque en otra versión probablemente inexorable se afirmó que había debido varias muertes. Pero nadie lo había visto hacer algo de esa índole y las cartas que circularon no serían auténticas. Y aunque el número de víctimas estaba sujeto a esa total imprecisión, les había bastado decir que la etiqueta de asesino le cabía así hubiera matado a una

o a diez personas. Su figura de homicida se afinaba en los ojos de aquellos que se habían encarnizado con él, y no probaron la veracidad de sus crímenes.

En ese instante se produjo algo de tensión, y la narración corrió el riesgo de volcar debido a ese tenue dramatismo. Las conjeturas de su inocencia habían dejado de ser aparentes, y fue el primer estadio de una irrisión en sus almas que les pareció franca e indignante. Pronto, con más aforismos alegres los tres aceptaron que sus conclusiones tenían valor como retardadas pruebas; habían salvado al hombre de la culpa a través de algunas explícitas reflexiones iniciadas por Manso.

Continuaron dando vida al Chango López con tironeadas especulaciones cuando ya estaban saliendo las primeras estrellas de la noche; este se había hecho objeto de un estricto escudriñamiento de evidente carácter ético.

Sin embargo, uno de los tres recordó que en 1984 Richard Fessior extendió en una mecanografiada tesis, que el propósito de aquella personificación antológica (al que Néstor Iguain había llamado el Chango López) fue crear una digresión en los convulsionados procesos políticos de una época posterior, promoviendo un liso y llano falseamiento de la historia. Los militares supusieron que distraerían a las anodinas masas ciudadanas a través de la publicación de la vida de ese hombre de acuerdo a los sintomáticos juegos que hacían con la irrealidad. Por lo que desde ahí no se podía evaluarlo racionalmente y ni siquiera había un válido punto de partida; la clave era dejar atrás la ambigüedad y no inculcarle más características de un sujeto arrogante.

Esa instauración en la luz pública de un personaje medio loco, había sido sólo una contingente ficción usada para escapar a la verdad y hacer perder de vista acontecimientos de abuso de poder corrientes; fue el viejo esquema de dar crédito a la existencia de un peligro mayor que sólo consiguió ser adormecido por los poderes de ultratumba.

Los militares creyeron dilucidar los problemas filosóficos que ese individuo había creado, y fue socavada la posibilidad que hubiera tenido una vida centrada en ejes morales. Había sido una paradoja, o un juego del lenguaje, o un extraño en el mundo que se le terminó cuando alguien articuló las veinte palabras que eran necesarias para fusilarlo. El Chango había sido predeterminado por Fessior como una rara energía colectiva destinada a crear consensos o algo más difícil de discernir; los reunidos debían recuperar a ese buen hombre antes que las dudas se hicieran inquietantes.

Ese sujeto que perdió todo y murió (como es común entre los hombres), fue horriblemente maltratado por el llamado Proceso de Reorganización Nacional, que celebró aquellas leyendas que tendían a dividir, a generar

disociadas apreciaciones con sus típicos e incoherentes artilugios legales que glorificaban la incertidumbre. Con una completa falta de ética, hicieron que la historia fuera transformada por la voluntad imperativa del amanuense. Los militares que se declararon de auténtica fe cristiana, adjudicaron el inevitable castigo de Dios a ese hombre, e hicieron referencias de él como un Judas u otra figura recurrente del mal. Hicieron una prolija revisión histórica para descubrir el carácter cíclico de esa compleja concepción.

Es conocido que cuándo los hechos no quedan bien sustanciados, se pueden utilizar para una multitud de propósitos: a partir de los últimos años de la década del setenta la ostentosa finalidad del Chango López fue la de encarnar a un desaparecido. Alguien que fue "chupado" en forma patética, del que nadie guardó registro, y tuvo el destino indudable de caer dentro de un vacío demoledor. Así el Chango no dejó de ser una creencia o una potente metáfora, que fue maltratada, teorizada, para ser finalmente recreada como una antecesora copia de más modernos tiempos.

Manso citó a Fessior y rechazó sus puntos de vista como inferiores, negando cualidades impersonales al Chango López. Nadie lo debía encasillar como un enigma ni como una revelación; esas interpretaciones le parecieron de suma trivialidad. Los elementos que él exhibió ahora podían mejorar su imagen, y lo harían nacer más aguerrido en la conciencia. Estaba prevenido de los desatinos que se cometieron con su personalidad en las diferentes categorías de su lectura, a sabiendas que sus episodios reales no fueron relegados a ningún texto y se salvaron por la tradición oral. Ahora dejó de ser una disquisición abstracta para transformarse en alguien de carne y hueso; el objetivo había sido ampliamente alcanzado. Ese hombre se alzaba frente a sus ojos no como si hubiera sido repuesto por una tesis, sino por las creencias personales de tres amigos en un importante proceso dialéctico que con su mucha seriedad los había involucrado. Esa composición completa del Chango animó a Manso a alzar su vaso y proponer un audaz brindis. Habían transformado un pobre diablo en un hombre digno, que dejó de ser alguien lleno de inanidad para convertirse en una persona con suficientes poesías. Había derivado de la proximidad de la nada para ser prosperado ardientemente por los que se sublevaron con sus pensamientos.

## II

Si el Chango López hubiera existido, habría sido un personaje tan incierto como aquellos tres que se sentaron alrededor de una mesa circular, para ver transcurrir el tiempo a través del opacado vidrio de una semivacía botella de cerveza. Estos que se creían capaces de darle un auténtico significado al mundo, entre conmovidos y divertidos se

propusieron hacer del Chango un hombre alejado de las versiones que sedujeron, atormentaron y hasta infundieron temor a varias generaciones, ya que, a la inútil vastedad de sus recuerdos, le agregaron honoríficas calificaciones, mientras que de manera dúctil llenaban sus vasos con el líquido color dorado que surge de la destilación de la cebada. La vida del Chango López de ciclópea estatura, había quedado plasmada lejos de las catacumbas abismales en las que lo habían querido enterrar.

Satisfechos habían creado un hombre que era perfecto e ignorante de serlo, y al acometer aquello sin previsión se sometieron a la oscuridad absoluta (aunque creyeran haber encabezado una feliz rebelión), porque nunca existió un vínculo crucial entre sus ociosas maquinaciones y el dar el hálito de la vida al que hasta entonces habitaba en el gran imaginario. Esos oscuros fantaseadores se rigieron por anómalas creencias, ambicionando la gloria de dejar de ser insignificantes.

¿Quién podría asegurar que Ascardi, Iguain y Manso no fueron apenas sombras dentro de los ángulos desesperados que tejió la luz, más que los miembros de una momentánea comunidad cuyas actividades remedaban lo divino? ¿Cómo podrían recrear o transformar a una persona sin recurrir a textos canónicos, o haciendo declaraciones en las que sólo oponían su género de intelectuales frente al innumerable rostro de la incredulidad? ¿Tenían realmente el poder o la indulgencia de crear un hombre a partir de ideas que se les habían ocurrido, o más concretamente de interpretaciones que repiquetearon en sus memorias? ¿Acaso el tiempo los aturdió de tal manera que se creyeron capaces de componer un hombre de carne y hueso? ¿O que con sus patrañas dialécticas podían crear de la nada o hacer estragos? ¿Acaso no sabían que la fatídica grandeza de recordar es también la de olvidar lo que no se recuerda?

Porque el flaco Ascardi, Nestór Iguain y Manso, sólo son recombinaciones estilísticas de quien ha contaminado al mundo con su oficio de escritor. Por lo que nunca debieron asumir el irreal posicionamiento de recrear a otro, al que hicieron múltiples reverencias durante el cuchicheo de una tarde en la que olvidaron quienes eran y sus inminentes destinos de desaparecer.

Fin